Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 10

Educar en valores

Anaya Duarte, Gabriel

1996

https://hdl.handle.net/20.500.11777/5443

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

PARA VIVIR EN LIBERTAD

Educar en valores
Armando Rugarcía Torres
ULA-Golfo Centro. Puebla: 1996, 255 pp.

Después de apenas un año y un mes de publicar *Hacia el mejoramiento de la educación universitaria,* nos ofrece el Dr. Armando Rugarcía un nuevo libro. Consta de once capítulos relativamente independientes entre sí, algunos de los cuales ya habían sido publicados como artículos; esto facilita su lectura y explica el que existan algunas repeticiones. Sin embargo el libro no carece de unidad y ofrece un avance progresivo y coherente en los temas tratados.

La columna vertebral de esta unidad está claramente expresada en la brevedad de su título: *Educar en valores*. Nos habla pues de los valores en el contexto de la educación, de los valores como meta de la educación. Mucho se ha escrito sobre los valores de este siglo, especialmente desde el punto de vista filosófico. Pero el libro "no es un escrito filosófico" (p. 88), como confiesa su autor, "sino que pretende abordar el problema de los valores en la educación" *(ib.)*. No parte de ideas abstractas, que nuestra época no suele manejar, ni siquiera, desgraciadamente, en los medios universitarios. Parte de lo concreto, de lo que para él es el valor de su vida: la educación. Más aún, yo diría que como cimiento invisible de su pensamiento se encuentra la ingeniería química, que le puso los pies en la tierra y le desarrolló las habilidades de análisis y síntesis.

No estoy en contra del pensamiento filosófico. Pero la auténtica filosofía parte de la observación de la realidad global, y en un camino ascendente se pregunta por su explicación última y por las condiciones que la hacen posible. También la educación, en cualquiera de sus ámbitos, debe seguir este camino ascendente, y no

reducirse a una enseñanza de supuestas verdades, adquiridas por otros, sin rehacer el proceso con que se llegó a ellas; enseñanza que resulta desencarnada e impuesta. Ésta es una de las tesis del pensamiento de Armando, y el método que sigue en su libro es congruente con ella: parte de la experiencia, de la realidad de la cultura, de la educación y del ser humano tal como la percibimos, y se pregunta por el significado que tienen y por el que deben tener.

De hecho, todo camino que busca auténticamente la verdad tiende a la reflexión filosófica. En concreto, si "educar es —como Armando afirma— perfeccionar al hombre para que viva en sociedad" (p. 112), preguntarse por la educación es preguntarse en último término por el ser del hombre, es tener ya en la mente una idea inicial de lo que es el hombre en sociedad. Por eso, sin abandonar el terreno de la educación en el que se mueve, Armando explicita de una manera u otra, los elementos de la antropología filosófica que subyace a su pensamiento. Me atreveré a explorar brevemente, desde mi punto de vista, esta concepción que nos ofrece del hombre.

Desde los primeros renglones, Armando se pregunta sobre "el significado de la ciencia y de la tecnología, y todavía más profundamente, el significado del hombre" (p. 27). El hombre es la clave de su pensamiento. Centrado ya en este tema fundamental, afirma en el mismo capítulo: "Es necesario un nuevo sentido al quehacer humano. Un sentido dirigido a los demás, al hombre; un sentido que incluso lo trascienda" (p. 37s). Más adelante escribe: "El hombre no nace acabado (...), se tiene que ir haciendo durante la vida (...). La hechura del hombre es la educación" (p. 156). El hombre es pues un ser en continuo desarrollo hacia la trascendencia. Por eso la educación, lejos de contentarse con transmitir conocimientos ya hechos, debe desarrollar los "dinamismos humanos que lo hacen más hombre" (p. 213), las habilidades que le "ayuden a vivir mejor" *(ib.)*.

Para dirigir su propio desarrollo de manera inteligente, el hombre debe preguntarse acerca de los por qué y los para qué de su vida: aquí es donde aparece la idea de valor, íntimamente ligada a la de hombre: "los valores son aquello que hace que el hombre sea (...), aquello a lo que se decide dedicar la vida" (p. 91), como repite Armando hasta la saciedad. En casi todos los capítulos de su libro, y más largamente en el cuarto, bucea en la noción

de valor, no sin cierta inseguridad: ¿los valores son subjetivos u objetivos?, ¿son abstractos o concretos?, ¿son personales o universales?, ¿cómo podemos clasificarlos o jerarquizarlos?

A la noción de valor se asocia con frecuencia la de actitud: "Las actitudes expresan los valores de las personas" (p. 91). ¿Qué es una actitud? No me satisface la afirmación de que "el valor es un ideal que trasciende las situaciones, mientras que la actitud hace referencia a las situaciones concretas" (p. 137). Sí acepto que "las actitudes (...) son una especie de tendencia a sentir, pensar y actuar de determinada manera" (p. 215). En palabras mías, la actitud es el resultado de interiorizar un valor; es un hábito adquirido por la convicción y la práctica, arraigado de tal manera que orienta establemente los dinamismos humanos. Adquirir una actitud es cambiar "la mente y el corazón" (p. 139), como pide Armando a los profesores.

Hay un paso más, importantísimo, en esta antropología que estoy esbozando: la tendencia a los valores no es meramente espontánea o instintiva; las actitudes son algo más que los condicionamientos operantes de Skinner. Porque el hombre es libre. Libremente escoge los valores; libremente asume actitudes. Pero tampoco la libertad es un hecho consumado, una realidad ya dada. El hombre se tiene que hacer libre, y hacerse libre libremente, ampliando su espacio germinal de libertad. Es el reto de la educación: "Educar para la vida no es otra cosa que equipar al hombre con un método intelectual efectivo que le capacite para decidir por él mismo en función de qué quiere vivir (...). Es la tarea más importante y urgente para el hombre actual: enseñarle a ser libre; lo que demanda una pedagogía de la libertad, de un método para la aprehensión de valores, de un hábito de reflexión que conduzca a valorar" (p. 128s).

No se le oculta ciertamente a Armando el riesgo que supone este tipo de educación: "Concedo que esta postura para la formación de valores puede asemejarse a abrir la caja de Pandora, pero éste es el riesgo de toda buena educación. Es mejor equipar al hombre para que vaya decidiendo con seriedad sobre sus valores a que viva quién sabe en función de qué, adquirido quién sabe cómo. No se vale que alguien más decida nuestra propia vida" (p. 139). Armando apuesta por la libertad humana a pesar del riesgo.

¿Implica esto que aquello que se elige libremente es por eso mismo un "valor"?, ¿qué la libertad es la única norma de los valo-

res? No lo piensa así Armando: "Espero que no se confunda esta postura con un laisser faire personal. Estoy reclamando por una educación de la libertad que implica trabajar los afectos junto con el pensamiento crítico en torno a las decisiones de vida. Con los valores no se juega; reitero que las opciones de vida no se experimentan, simplemente se lo juega uno todo en ellas" (p. 174). Porque, aunque sin profundizar en el tema, Armando da por hecho que existen valores universales: "El hombre busca en la vida lo que cree que es bueno para él. Esto siempre ha sido y será cierto. El asunto estriba en establecer lo que es bueno para el hombre y al final de cuentas lo que es bueno para uno mismo: los valores" (p. 164). Y poco más adelante: "El valor humano se desprende de contestar la pregunta ¿qué es el hombre?" (p. 165).

Entre estos valores universales, que hay que concretar en cada situación particular, destaca el amor: "La importancia de la aprehensión de valores se refuerza al conectarla con la palabra más sublime, el amor. El amor siempre va referido a un valor. Se trata de un amor operativo, en el que todo el ser de una persona se da a otra u otras. Es así como el culmen de la búsqueda del sentido de la vida no es otra cosa que el amor" (p. 200). En otro párrafo afirma: "No concibo la libertad humana sin la presencia del otro. La libertad es una especie de energía constructiva del yo, mediante la adhesión a otro" (p. 203). Y el amor debe prolongarse en la justicia: "El egoísmo está en conflicto con los valores sociales y humanos" (p. 166).

He tratado de resumir la filosofía del hombre que recorre todo el pensamiento de Armando; lo que implica su afirmación de que "educar es perfeccionar al hombre para que viva en sociedad" (p. 112). Estoy fundamentalmente de acuerdo con él. Espero que el libro que ahora presentamos nos ayude a todos los que tenemos en las manos, de una manera u otra, la tarea educativa, a ser conscientes de que eso que tenemos en las manos no son simplemente conocimientos y técnicas pedagógicas, sino personas humanas cuyo desarrollo auténtico debemos fomentar.

Gabriel Anaya Duarte, S.I.